

—Ahora, les dijo, como no nos queda ya mas que morir, que cada uno lo haga del modo que quiera.

Y como no podia matarse él mismo, por estar herido en la mano, presentó la union de la coraza á su escudero, el cual le hundi6 la espada en el costado izquierdo.

Publio exhal6 un suspiro y cay6.

Censarino muri6 del propio modo.

Megabacco se mat6 el mismo.

Los que quedaban se hicieron matar hasta el último, excepto algunos que sus enemigos cogieron vivos, y los cuales dieron despues los detalles de aquella espantosa catástrofe.

Habiendo sabido los partos per aquellos prisioneros el rango del jóven Publio Craso, le cortaron la cabeza, la pusieron en la punta de una pica, y marcharon contra el grueso del ejército romano.

XVI

La carga intentada por Publio contra los partos, habia proporcionado al menos un pequeño descanso al ejército.

Viéndose Craso menos acosado que antes, habia ordenado de nuevo sus tropas, y conservando la misma formacion se habia puesto en retirada hácia una série de colinas que podian en cierto modo debilitar el empuje de la caballería parta.

Sus ojos se dirigian constantemente, movidos por una doble esperanza, hácia el punto por donde habia desaparecido su hijo y por el cual esperaba verlo volver.

Publio, por su parte, habia despachado varios correos á su padre pidiéndole auxilio; pero los primeros que habia mandado habian caido bajo las flechas del enemigo.

En la última estremidad Publio había renovado la misma tentativa.

Un mensajero había logrado, al fin, atravesar las filas enemigas, arrojando mil muertes y alcanzado á Craso en el momento en que iba á llegar á la primera de aquellas colinas hácia las cuales se batía en retirada. El cónsul viendo correr hácia él un ginete á todo escape, se había detenido.

—Craso, le gritó aquel, tu hijo y los suyos están perdidos si no les mandas auxilio en seguida.

Luego, como si el enviado no hubiese tenido fuerza mas que para llegar y pronunciar aquellas palabras, cayó del caballo en cuanto las hubo pronunciado.

Craso permaneció indeciso un instante; despues venció la naturaleza y dió orden al ejército de marchar en auxilio de su hijo.

Pero no había dado cien pasos en la dirección indicada, cuando por todos lados resonaron nuevos gritos, al par que redoblaba el espantoso mugido del tang-tang.

Los romanos se detuvieron esperando un nuevo combate, y vieron aparecer otra vez el grueso del ejército parto.

Se estendia, siempre circularmente, alrededor de los romanos; sin embargo, marchaba derecho hácia ellos un grupo mas compacto.

Aquel grupo iba precedido de un hombre que llevaba una cabeza en la punta de una pica, y el cual gritaba:

—¿Quiénes son los parientes, cuál es la familia de este cuya cabeza veis aquí? Dicen que su padre se llama Craso, pero no podemos creerlo; es imposible que un jóven de un corazón tan noble y de un valor tan grande sea hijo de un padre tan cobarde y tan falto de valor.

Los romanos miraron hácia la punta de la pica y reconocieron la cabeza de Publio.

Pero nadie contestó, escepto Craso, que lanzó un grito de dolor y ocultó la cara detrás del escudo.

Los romanos habían visto aquel día cosas muy terribles, pero ninguna que les destrozase el corazón al igual de aquella.

Los pechos mas fuertes se estremecieron; las almas mejor templadas se sintieron desfallecer; tanto, que en medio de todas aquellas debilidades, el desdichado padre fué el primero que recobró el valor.

Miró á su alrededor con aire resuelto.

Luego, viendo á todo el mundo abatido, mas aún por el dolor que por el miedo:

—Romanos! exclamó, ese dolor no atañe mas que á mí! La fortuna y la gloria de Roma descansan en vosotros; alzad, pues, la cabeza..... Mientras vivais, Roma permanecerá intacta é invicta; si os condoleis

de un padre que pierde un hijo famoso por su valor, cambiad vuestra lástima en ira y volved esa ira contra el enemigo! No os dejeis abatir por lo que sucede; los que intentan grandes cosas deben contar con grandes desgracias. No vencieron, Lúculo á Tigranes y Escipion á Antioco, sin haber derramado mucha sangre. Nuestros antepasados perdieron en Sicilia mil buques y en Italia gran número de pretores y generales; ¿no acabaron siempre por vencer á los que al principio habian sido sus vencedores? Creedme; si los romanos han llegado al grado de poderío en que hoy se hallan, no lo deben á los favores de la suerte, sino á su firmeza inquebrantable, á su valor en arrostrar los mayores peligros.—Ea! soldados! añadió, el grito de guerra! y probemos á esos bárbaros que somos siempre los romanos, los señores del mundo!

Y él mismo lanzó entonces el primer grito de guerra.

Pero aquel grito no tuvo mas que un eco, débil, raro, lánguido, desigual.

Al contrario, los partos contestaron á él con un grito unánime, estridente, sonoro, lleno de fuerza.

En seguida empezó la acción.

La caballería parta se esparció por las alas, cogió al ejército por los flancos y empezó de nuevo á hacer llover aquel espantoso granizo de flechas que tan

caro habia costado ya á los romanos, mientras la primera línea enemiga, armada de picas, los encerraba en un pequeño espacio.

Pero ni siquiera podian alcanzar á aquellos hombres armados de picas.

Algunos soldados romanos, para terminar mas pronto su agonía, se arrojaron impetuosos sobre ellas, muriendo de una manera terrible, pero pronta.

El largo hierro en que terminaban aquellas armas pasaba á traves del cuerpo del hombre y penetraba hasta el del caballo.

Se vieron golpes dados de un modo tan atroz, que atravesaban dos soldados á la vez.

El combate duró así hasta la media noche.

Los romanos eran cerca de treinta mil; se necesitaba el tiempo material para matarlos.

Los partos se retiraron gritando:

—Craso, Craso, te concedemos esta noche para llorar á tu hijo, á menos que, consultando con la almohada, no consientas en ser conducido voluntariamente ante Orodes, en vez de ser arrastrado á la fuerza.

Despues de lo cual armaron sus tiendas al lado de las romanas, como para guardar sus prisioneros y quitarles toda esperanza de huir.

Los partos pasaron la noche entre músicas y fiestas.

Por lo que hace á los romanos, su noche fué sombría y silenciosa. Ni siquiera pensaron en enterrar los muertos ni en cuidar los heridos.

Estos se sabía que no tenían cura.

Nadie se ocupaba de los demas; cada uno lloraba por sí.

En efecto, parecía imposible que se librasen de la muerte, ya esperasen el día y la suerte de un nuevo combate, ya tratasen de huir á través de aquellas llanuras sin límites. Además, si huían, ¿qué hacer de los heridos? Llevarlos consigo era hacer la fuga imposible; dejarlos era hacerla mas imposible aún, pues en cuanto se viesen abandonados, sus gritos y sus imprecaciones revelarían todo al enemigo.

Craso era el autor de todos aquellos males; sin embargo, todos querían verlo y oirlo; esperaban que de la suprema autoridad, que hubiera debido ser la suprema inteligencia, descendería algún rayo de esperanza.

Pero él, metido en un rincón de su tienda, echado con la cara contra el suelo y con la cabeza velada, parecía la estatua del Abatimiento.

Porque dos hombres, Pompeyo y César, eran superiores á él en la República, había creído que todo le faltaba, y acababa de sacrificar millares de hombres á aquella ambición, que en vez de hacer de él

el primero de sus conciudadanos en gloria, lo convertía en el primero en la desgracia.

Sus dos tenientes, Octavio y Casio, hicieron todo lo que pudieron para reanimar su valor; pero viendo que era trabajo inútil, resolvieron obrar por sí mismos.

Reunieron á los centuriones y gefes sueltos, oyeron el parecer de cada uno, y el de la mayoría fué que debían levantar el campo y retirarse inmediatamente sin hacer ruido.

Orientándose bien no necesitaban mas que cinco horas de marcha para llegar á Charres.

Un gefe de caballería, llamado Ignacio, recibió la orden, no de mandar la vanguardia, sino de explorar el país con trescientos ginetes: conocía el camino, y respondía, si querían seguirle, de no estraviar el ejército.

Montó á caballo con sus hombres y salió del campamento.

Pero entonces sucedió lo que habían previsto: los heridos vieron que los abandonaban y empezaron á dar gritos que al momento introdujeron el desorden entre los buenos y sanos.

Los que habían salido ya, al oír aquellos gritos, se figuraron que los partos invadían el campamento romano y los perseguían.

Ignacio y sus trescientos hombres emprendieron el galope.

A eso de media noche llegaron en efecto á Charres.

Pero era tal su terror, que no se creyeron seguros dentro de la ciudad y se contentaron con orillar sus murallas, gritando á los centinelas:

—Decid á Coponio, vuestro comandante, que ha habido una gran batalla entre Craso y los partos.

Y sin dar otro pormenor prosiguieron corriendo, llegaron al puente y pusieron el rio entre ellos y sus enemigos.

Los centinelas refirieron á Coponio lo que acababa de suceder, repitiéndole las palabras que habian oido y que parecian lanzadas al paso por el espíritu de la noche.

El comprendió en seguida que aquel aviso debia haber sido dado por fugitivos; mandó por lo tanto á la tropa tomar las armas, hizo abrir las puertas de la ciudad y avanzó cosa de una legua hácia el punto por donde, en caso de una derrota, creia que podian llegar los restos del ejército de Craso.

XVII

Los partos habian notado la retirada de los romanos; sin embargo no los habian perseguido.

Se observa generalmente en los bárbaros ese respeto que les infunde la noche, ese temor que tienen á las tinieblas.

Durante la retirada de Rusia los cosacos tardaron porcion de dias en osar atacar las marchas nocturnas de los franceses; solo por la mañana, cuando veian sus huellas sobre la nieve, era cuando volvian á seguirlos hasta alcanzarlos.

Lo mismo sucedió á Craso.

En cuanto amaneció, los partos penetraron en el campamento y degollaron cuatro mil heridos que los romanos no habian podido trasportar.

Ademas, la caballería cogió muchos fugitivos, que, perdidos en medio de las tinieblas, vagaban despar-
ramados por la llanura.

El teniente Vargunteyo se habia estraviado con cuatro cohortes.

Al amanecer, viéndose rodeado de enemigos, se retiró á una pequeña colina.

Allí, sin dar un paso para avanzar ó para retroceder, para atacar ó para huir, las cuatro cohortes fueron exterminadas.

Solo se salvaron veinte hombres, que se reunieron, é impelidos por la desesperacion se lanzaron espada en mano sobre los bárbaros.

Estos, fuese estupor ó admiracion, los dejaron pasar.

Los veinte hombres, sin apresurar el paso, sin desbandarse, continuaron su camino hácia Charres y llegaron á la ciudad sin que nadie hubiera vuelto á molestarlos.

Craso y el grueso del ejército habian seguido las huellas de Ignacio, y á eso de las cuatro de la mañana habian encontrado la fuerza que Coponio habia mandado á su encuentro.

El comandante acogió en la ciudad al general y los restos de su ejército.

El surena ignoraba el camino que habia seguido Craso; á consecuencia de una falsa noticia creia que solo algunos fugitivos habian entrado en Charres y que Craso habia huido por otro lado con el grueso del ejército romano.

¿Debía dejar tranquilos á los habitantes de aquella ciudad y á los que se habian refugiado dentro de sus murallas, ó ponerse sobre ella á fin de encontrar á Craso?

Antes de tomar un partido era preciso saber con certeza si Craso estaba ó no allí; al efecto despachó una especie de parlamentario que hablaba los dos idiomas, latino y parto.

Aquel hombre se acercó á las murallas.

Debía llamar á Craso, y si este no estaba en Charres, á Casio.

Al *¡quién vive!* de los centinelas contestó que lo enviaba el surena, y que llevaba de su parte una mision para el general romano.

En seguida avisaron á Craso.

Le aconsejaron que no viese á aquel hombre, tratando de hacerle desconfiar de las astucias de los partos, los mas insidiosos de todos los bárbaros; pero no quiso oir nada.

No sabiendo ya qué hacer, vió en aquel paso del surena una probabilidad de salvacion para su ejército, y se dirigió, contra el parecer de todos, á las murallas.

Casio lo siguió.

El enviado del gefe parto le dijo que su señor queria tener con él una entrevista personal.

Mientras pronunciaba aquellas palabras llegaron

á su lado algunos ginetes que conocian de vista á Craso y Casio; iban á asegurarse de la identidad del general romano y su teniente.

Convencidos de que eran Craso y Casio los que tenian delante, se lo dijeron al parlamentario.

Entonces este empezó á esplicarse algo mas, diciendo que el surena estaba dispuesto á negociar, á conceder la vida á los romanos, con tal de que se hiciesen aliados del rey Orodes, firmasen con él un tratado y abandonasen la Mesopotamia.

—El general, añadió el parlamentario, cree ese partido mas ventajoso para los romanos y los partos que acudir á la última estremidad.

Durante todo aquel tiempo Casio era el que habia preguntado y respondido al enviado.

Llegado á aquel punto de la entrevista, se volvió hácia el general para recibir sus órdenes.

Craso hizo señal de aceptar.

Casio aceptó, pues, y preguntó cuáles serian el punto y la hora de la entrevista.

El parlamentario contestó que traeria la respuesta en todo el dia.

Despues volvió bridas para reunirse con el surena y anunciarle que Craso y Casio no se habian escapado, sino que estaban dentro de Charres.

Esta ciudad habia sido ocupada á la fuerza por los

romanos, y sus habitantes eran decididamente afechos á sus enemigos.

Los partos podian, pues, confiar en que ninguno de los que se hallaban allí lograria escapárseles.

Así el surena no se tomó ya el trabajo de disimular.

Desde el dia siguiente al amanecer estaba con su ejército delante de Charres, y sus soldados llenaban de injurias á los romanos.

—Si quereis obtener una capitulacion, les gritaban, y teneis tanto apego á la vida, como lo habeis probado huyendo delante de nosotros, sabed que solo obtendreis esa capitulacion y salvareis la vida entregándoos encadenados á Craso y Casio.

Los romanos oian aquellas injurias consternados; sabian que no podian fiarse de los habitantes de la ciudad; que cada piedra de ella cubria una traicion.

Craso, que queria infundirles alguna esperanza y al efecto les hablaba de Artabazo y de aquel auxilio de armenios tan despreciado en los dias de la prosperidad y tan vivamente echado de menos desde los primeros reveses.

Pero los romanos meneaban, con razon, la cabeza, diciendo que no debian contar sino consigo mismos, y que su sola esperanza de salvacion estaba en la retirada.

Por lo tanto, instaban á Craso que aprovechase la

noche para abandonar á Charres y andar el mayor camino posible mientras reinase la oscuridad.

Craso estaba dispuesto á ceder á los deseos de sus soldados; mas para que aquel proyecto tuviese buen éxito, era preciso que permaneciese secreto, convenidos, como estaban todos, de que si un solo habitante de la ciudad llegaba á tener conocimiento de él, cinco minutos despues lo sabría el surena á su vez.

Sin embargo, necesitaban un guía.

Craso quiso escogerlo él mismo;—Tenia una mano tan feliz!

Su eleccion recayó en un tal Andrómaco, que no era sino un espía de los partos.

Craso estaba decididamente condenado á los dioses infernales.

Los partos supieron, pues, los menores detalles de la fuga de Craso.

Pero no se movieron.

Los romanos salieron de Charres sin que el menor rumor procedente del campamento de los partos les hiciese temer que conociesen su fuga. Verdad es que el surena, sabiendo que su enemigo iba guiado por Andrómaco, estaba seguro de alcanzarlo cuando quisiera.

En efecto, aquel hombre llevaba á los romanos por caminos que parecian alejarlos de la ciudad, pe-

ro que sin embargo, los mantenía en sus alrededores.

Al fin acabó por sacar al ejército del camino, y empeñarlo en pantanos y tembladeras; muchos soldados, observando aquellas marchas y contramarchas, y el aspecto del terreno, y, sobre todo, conociendo por instinto que estaban mas cerca que nunca del peligro, declararon que Andrómaco era un traidor y se negaron á seguirlo.

Casio, por su parte, se pronunció formalmente, acusando á Andrómaco, al cual hubiera muerto si Craso no lo hubiera cogido bajo su proteccion.

Pero entonces, entregando á Craso á su ceguedad, Casio se separó de él con quinientos ginetes y volvió á entrar en Charres.

Allí tomó guías árabes, y como ellos le aconsejaron esperar, para ponerse en camino, á que la luna hubiese pasado al Escorpion,

—Nada me importa el Escorpion, contestó; lo que temo es el Sagitario. Adelante! adelante!

Y echó á galope en direccion de Asiria.

Otra fraccion del ejército se separó tambien de Craso.

Conducida por guías fieles, llegó á una cadena de montañas que se estiende á alguna distancia del Tigris y que se llaman los Sinnacos.

Eran unos mil, á las órdenes de un teniente cono-

cido de todos por su valor, y en el cual tenían absoluta confianza. Dicho teniente se llamaba Octavio.

Por lo que hace á Craso, su mal genio no lo había abandonado; al principio aquel mal genio se había llamado Ariamnes; en aquel momento se llamaba Andrómaco. El día sorprendió á Craso empeñado aún en los pantanos y las tembladeras.

Entonces empezó á comprender que había allí traición. Con la espada al pecho ordenó á Andrómaco que lo llevase á un terreno mejor.

Fuerza le fué á aquel obedecer, y despues de mil fatigas volvió á llevar el ejército al camino.

Craso tenía aún consigo cuatro ó cinco cohortes, unos cien ginetes y cinco liectores.

Apenas hubo agrupado á su alrededor aquellos hombres, gracias á la mejoría del terreno, cuando apareció el enemigo.

Craso consiguió llegar á la cresta de una montaña, desde la cual, á distancia de media legua, vió otra cima cubierta de hombres cuyas armas brillaban al sol naciente.

Los que allí se hallaban eran Octavio y sus soldados. Para Craso eran una última esperanza.

Podrían, pues, ayudarse uno á otro.

Los partos se dirigieron hácia Craso, como si hubiesen sabido que allí estaba el general en jefe, y empezaron el ataque.

XVIII

Ya sabemos cómo atacaban los partos.

Pero aquella vez al par que atacaban fueron atacados.

Octavio, de quien parecían no querer ocuparse, viendo envuelto á su general, hizo un llamamiento á sus hombres á fin de que los que quisiesen fuesen con él á auxiliarlo.

Quinientos primero y despues los otros quinientos descendieron de la colina como una avalancha de hierro, rompieron las filas de los partos y se reunieron con Craso.

Entonces, juntos con sus camaradas, colocaron al cónsul en el centro, lo rodearon con sus cuerpos, lo cubrieron con sus escudos y gritaron altivamente á sus enemigos:

—Tirad ahora cuanto queráis! ni una sola flecha

alcanzará á nuestro general hasta que no hayamos muerto todos en torno suyo y antes que él.

Y estrechándose unos contra otros, empezaron, masa movable y casi inatacable merced á los escudos, á retirarse hácia los Sinnacos.

El surena notó con inquietud que no quedaban ya al rededor de Craso sino hombres con escudo, habiendo sido muertos casi todos los soldados armados á la ligera y desprovistos de aquella defensa, que sin neutralizar los golpes de las terribles flechas amortiguaba, sin embargo su efecto. Agrupados los romanos de aquel modo, parecían una inmensa tortuga de férreo caparacho, moviéndose lentamente, pero moviéndose al fin, y dirigiéndose á las montañas. Comprendió que una vez llegados allí, la caballería, que constituía su fuerza principal, le sería completamente inútil; vió que decaía el ardor de sus soldados y no le quedó la menor duda de que si llegaba la noche y los romanos conseguían salir de la llanura estarían en salvo.

Entonces el bárbaro volvió á recurrir á la astucia, que ya otras veces le había dado tan buenos resultados como la fuerza.

Dejó escapar de intento algunos prisioneros, haciendo sin embargo que sus soldados fingiesen perseguirlos.

Los partos, por orden de su gefe, habían dicho de-

lante de aquellos prisioneros que los romanos se engañaban si creían que el rey Orodes quería hacerles una guerra de esterminio; que nada, por el contrario, les sería mas honroso que su amistad y alianza; caso de poder creer en ellas, y que si Craso y sus soldados se rendían, serían tratados seguramente con humanidad.

Los prisioneros huyeron, pues, y habiéndose librado de los que fingían perseguirlos alcanzaron á sus compañeros, á los cuales contaron lo que habían oído.

Llevados á presencia de Craso, le repitieron la fábula inventada por el surena.

Este, que los había seguido con los ojos, los había visto alcanzar el ejército romano, y notando el movimiento que tenía lugar en él desde su llegada, suspendió el ataque.

Después, desmontando su arco, con paso tranquilo, y acompañado de sus principales oficiales, avanzó hácia Craso, tendiéndole la mano é invitándole á una entrevista.

Los soldados, viendo aquellas demostraciones pacíficas se callaron, y oyeron la voz del general enemigo, que decía:

—Romanos, si nuestro rey os ha hecho experimentar su fuerza y su poder, ha sido muy á pesar suyo, porque habeis venido á buscarlo al corazón de

sus Estados; ahora quiere probaros su clemencia y su bondad, dejándoos retirar sanos y salvos.

Como aquellas palabras estaban en armonía con las que acababan de pronunciar los prisioneros, los romanos las acogieron con la mayor alegría.

Pero Craso movía la cabeza y no quería fiarse en ellas. Hasta entonces toda negociacion habia encubierto algun lazo ó alguna mentira, y no veía en los partos motivo alguno que esplicase un cambio de conducta tan increíble y tan inesperado.

Deliberaba, pues, sobre el particular con sus oficiales, opinando por rechazar todo avenimiento, por mas seductor que pareciese, y sobre todo por continuar, sin perder un instante, la retirada hácia las montañas, cuando los gritos de los soldados fueron á turbar su deliberacion.

Tambien ellos habian deliberado y resuelto que su gefe iria á ver al surena y aceptaria las proposiciones que aquel le hacia.

Craso quiso oponerse á su deseo; pero ya no era tal, sino una voluntad.

Por donde quiera empezaron á resonar gritos é injurias en medio de las agriadas masas.

Craso era un traidor, un cobarde; los entregaba á unos enemigos en quienes él mismo no queria fiarse, siendo así que se acercaban á él desarmados.

El general romano insistió, pidiéndoles que espe-

rasen un dia nada mas y prometiéndoles que al siguiente estarian en seguridad en las montañas.

Pero aquellos hombres, desesperados habian agotado ya toda su fuerza y toda su paciencia, y no quisieron oír nada. Chocaban sus armas unas contra otras á fin de cubrir la voz de Craso, y pasando de las injurias á las amenazas gritaban que si no queria ir á ver al surena ellos lo entregarían maniatado.

El rayo de esperanza que habian vislumbrado los habia vuelto ciegos y locos.

Al fin dijo Craso que estaba pronto á hacer lo que exigia el ejército; pero antes de marchar hácia los partos, dirigió en alta voz las siguientes palabras á sus soldados:

—Octavio, Petronio y vosotros todos, oficiales aquí presentes, sed testigos de la violencia que se me hace, pero, si llegais á libraros de este peligro, olvidad el modo con que me han tratado mis propios soldados y decid á todo el mundo que Craso ha perecido, no por la traicion de sus compatriotas, sino por la perfidia de sus enemigos.

Y dicho aquello empezó á descender solo la colina.

Pero entonces Octavio y Petronio tuvieron vergüenza de dejar esponer así solo á su general y lo siguieron.

Los lictores de Craso; juzgando que era su deber acompañar á su señor, corrieron tambien á ponerse á su lado. Pero Craso los despidió.

—Si es para tratar, dijo, basto yo para el trato, y si es para morir, tambien basto para la muerte.

Quiso despedir igualmente á Octavio y á Petronio, pero estos se negaron resueltamente á abandonarlo, lo mismo que cinco ó seis soldados adictos que quisieron compartir la suerte de su general, cualquiera que ella fuera.

Los tres se adelantaron, pues, hácia el grupo enemigo, que los esperaba, llevando á pocos pasos de distancia su pequeña escolta.

Los primeros que se presentaron á recibir á Craso y le dirigieron la palabra fueron dos griegos mestizos, como si, desde Sinon, en toda traicion debiera hallarse un griego.

Aquellos, reconociendo al general romano, se apearon de sus monturas y saludándole profundamente le hablaron en griego, instándole para que enviase algunos hombres á fin de que se asegurase de que el surena avanzaba sin armas.

—Si hubiese tenido en algo mi vida, contestó Craso en el mismo idioma, no hubiera venido á ponerme en vuestro poder.

Sin embargo, se detuvo un momento y envió delante á los dos hermanos llamados Roscio, á pregun-

tar en qué punto tendria lugar la entrevista y qué seria lo que se trataria en ella:

El surena empezó por retener á los dos hermanos; despues, franqueando rápidamente con sus oficiales la distancia que lo separaba aún de Craso:

—¡Como! dijo, nosotros estamos montados y el general romano se halla á pié. ¡Pronto, un caballo!

—Es inútil, contestó Craso. Puesto que estamos en tratos, discutamos aquí sus cláusulas.

—Indudablemente que estamos en ellos, contestó el surena; pero no hay nada firmado todavía, y vosotros los romanos—añadió con maligna sonrisa—olvidais pronto todo acuerdo que no lleva vuestro sello.

Despues tendió la mano á Craso. Este alargó la suya al surena, mandando al mismo tiempo á los que le seguian que le trajesen su caballo.

—¿Para qué quíeres el tuyo? le dijo el surena; ¿crees acaso que nosotros no tenemos?..... Mira, hé ahí uno que el rey te da.

Y le mostraba un caballo magnífico, espléndidamente encapazonado y con freno de oro.

Al mismo tiempo, y antes que Craso hubiese tratado de evitarlo, los escuderos le habian suspendido y colocado sobre la silla, y yendo á su lado hostigaban al animal para apresurar su marcha.

Era evidente que se verificaba la traicion y que querian llevarse á Craso.